PALABRAS PARA LEOPOLDO DE LUIS

madrid

PALABRAS PARA LEOPOLDO DE LUIS

Madrid, 14 de diciembre de 2004

Edición al cuidado
de
Lola Montero Reguera

Leopoldo de Luis

ÍNDICE

Nota preliminar 9

Palabras para Leopoldo de Luis desde el Museo de la Ciudad, por *José Nieto Antolinos* 11

Leopoldo de Luis, entre conversaciones y poemas, por *Fanny Rubio* 15

La poesía social de Leopoldo de Luis: entre la herida y la esperanza, por *Pedro Carrero Eras* 21

Fray Leopoldo de Córdoba, por *Joaquín Benito de Lucas* 33

Unas palabras dedicadas a Leopoldo de Luis, por *José Montero Padilla* 41

Expresión de gratitud y un poema inédito, por *Leopoldo de Luis* 45

NOTA PRELIMINAR

Uno de los rasgos representativos de Madrid es su carácter de ciudad abierta, acogedora, que recibe y acepta a cuantos a ella se allegan y en ella permanecen como vecinos suyos diríase que de toda la vida. El hecho —evidente— enriquece a su vez a la ciudad, la hace más comprensiva y más diversa, la transforma en fin, con las palabras de don Pedro Calderón, en *patria de todos.* Esta realidad benefactora dice bien de la ciudad y, a la par, de tantos y tantos habitantes suyos que, sin haber nacido en Madrid, lo han elegido como su lugar de residencia y le entregan esfuerzos y afecto, y, por ello mismo, como ya he dicho en otra ocasión, son merecedores de nuestra gratitud. Y por ello también tiene pleno sentido que este Museo de la Ciudad de Madrid organice actos dedicados a esas personas, convecinas nuestras, que nos honran con su presencia y su amistad y que constituyen un lujo para Madrid. Esta es la razón inspiradora del acto dedicado al escritor Leopoldo de Luis, tan de veras admirado, acto que se celebró el día 14 de diciembre de 2004. Y que ha iniciado, brillantemente, una serie de actos de análogo carácter que habrán de irse realizando.

José Nieto Antolinos
Director del Museo de la Ciudad

PALABRAS PARA LEOPOLDO DE LUIS DESDE EL MUSEO DE LA CIUDAD

Por JOSÉ NIETO ANTOLINOS

PALABRAS PARA LEOPOLDO DE LUIS DESDE EL MUSEO DE LA CIUDAD

Madrid, la Villa y Corte, la Capital de España, nuestro lugar de residencia, es hoy —finales ya del año 2004— una ciudad grande, incluso muy grande —máxime para los que la hemos conocido años atrás, cuando asomaba rasgos de pequeña población de provincia—, una ciudad grande —insisto— y diversa, y compleja, y rica de aspectos y perfiles hasta la contradicción. Y que a menudo se nos resiste a la síntesis simplificadora. A propósito de tal resistencia Ramón Gómez de la Serna llegaba a afirmar, un tanto hiperbólicamente:

> Madrid es la capital del mundo más difícil de comprender.

Y hay que reconocer que algo de verdad existe en la afirmación de Ramón Gómez de la Serna. Porque Madrid se nos resiste a la definición simple y precisa, e incluso se nos hace inaprehensible cuando intentamos describir, con un rasgo rápido, cómo son su apariencia y su espíritu. En otras ciudades, por su mayor homogeneidad, resulta fácil una definición concreta y escueta. En Madrid, no. Pero abundan, hasta hacerse innumerables, los textos, amplios y pormenorizados unas veces, breves y sintéticos otras, en los que se intenta definir qué y cómo es Madrid, en algunos casos con palabras que ya son muy conocidas y hasta populares. Entre esos textos de afán definitorio, abundan los que insisten en la idea de una ciudad cruce y resumen de los españoles. Así, por ejemplo, para Ramón de Mesonero Romanos, nuestro gran cronista madrileño y madrileñista, Madrid era una «España en miniatura», idea esta en la que perseverarán, con palabras y modulaciones distintas, Antonio Machado, en conocidísimos versos: «Remolino de España, rompeolas / de las cuarenta y nueve provincias españolas»; y Ramón Gómez de la Serna: «Madrid, como capital, no es una invención, sino una yuxtaposición de las diferentes Españas que anidaron en la Península».

Pero quizá el rasgo más sustancial y característico de nuestra ciudad sea su permanente espíritu acogedor, que recibe a cuantos a ella se allegan. Porque Madrid, con palabras también de Ramón Gómez de la Serna: «Acepta a

todos como madrileños». Siglos antes, don Pedro Calderón de la Barca, expresaba la misma idea en unos versos suyos:

Es Madrid, patria de todos
pues en su mundo pequeño
son hijos de igual cariño
naturales y extranjeros...

Pero, según me parece, se produce algo más todavía, y ello es que esas personas, no nacidas en Madrid, pero que se han convertido en vecinas suyas, lo hacen suyo también, y lo conforman, y lo enriquecen, y merecen el afecto y el reconocimiento de la ciudad, una ciudad que se enorgullece de estos nuevos hijos suyos. Y, en estos momentos, estoy pensando, claro es, en don Leopoldo de Luis. Tuve el gusto de conocerle en este museo y saludarle después hace algún tiempo, con ocasión de una comida que se le dedicaba y a la que quise asistir porque conocía, desde tiempo atrás, la literatura y la personalidad de este escritor ilustre, no madrileño de nacimiento pero que enriquece a nuestra ciudad. Y creo que fue en la ocasión de aquel encuentro cuando pensé que tendría pleno sentido, y sería bueno, que este Museo de la Ciudad, que quiero siempre activo, vivo, operante, organizase unos actos dedicados a personas que son convecinas nuestras, que nos honran con su presencia y su amistad, que constituyen un lujo para Madrid, a las que estimamos y admiramos. Y esa serie posible de actos comienza esta tarde —espléndido comienzo— con este que dedicamos a Leopoldo de Luis.

Muchas gracias, querido amigo Leopoldo de Luis, por estar esta tarde con nosotros.

JOSÉ NIETO ANTOLINOS

LEOPOLDO DE LUIS, ENTRE CONVERSACIONES Y POEMAS

Por FANNY RUBIO

LEOPOLDO DE LUIS, ENTRE CONVERSACIONES Y POEMAS

Existen pocos ejemplos en la poesía española actual de escritores que busquen verdades profundas y que estas verdades integren una modernidad literaria. A esta gama pertenece Leopoldo de Luis, poeta, antólogo, ensayista y crítico. Testigo de una época, además de violenta y dura, de mesura y contención en el terreno estético que fue sustituida por otra de más desbordado apasionamiento, asistiendo a un movimiento que podemos calificar de neorromántico, ha sido maestro de los años oscuros, y ha tenido a bien tomarse a broma a los que iban, en plena posguerra, de héroes por la vida.

Durante el medio siglo de escritura transcurrido, Leopoldo de Luis ha construido una obra que ha florecido en terreno de espinos, consciente de su necesidad diaria, como escribe en el poema *Patria oscura*: «A diario la patria se fabrica».

Con sus miles de versos libres y también en sonetos, cuartetos, décimas y liras, Leopoldo de Luis entrega ante el lector sus claves: «Con los míos estoy, he aquí mis cartas». Unas cartas que salen de la noche (no en balde el adjetivo del poeta por antonomasia es *oscuro*), cartas-reflejo de lo compartido, cartas-espejo de la condición humana, pero también carta-aforismo con la que el poeta filosofa sin olvidarse de la piedad o del sentido del humor. Así Leopoldo de Luis nos avisa cada día desesperanzado de que «aunque nos confinasen en lo oscuro / nadie puede apagar la luz del todo».

En el trabajo introductorio a la poética de De Luis, titulado «El fecundo itinerario de Leopoldo de Luis», Ricardo Senabre pasa lista a la bibliografía del poeta, a las revistas en las que participó, que fueron numerosas, y a ese libro inicial *Alba del hijo,* escrito tras la tragedia bélica. A partir de aquí, una nueva trayectoria se impone, como al cabo de los años se impondrá una nueva relación adentro-afuera en *Cuaderno de San Bernardo:*

[...]
llegó la soledad y no me he muerto
la soledad me abre su desierto
y me quedo a vivir entre sus brazos
[...]

Todo ello acompasado por la escritura central de *Huésped de un tiempo sombrío,* verdadero eje de su poética, donde Leopoldo de Luis se nos muestra como poeta estoico y existencial:

> Vivir es morir un día
> sobre la tierra desnuda
> [...]

Desde su juventud, su estética está regida por un designio de rehumanización, como queda patente en su labor de antólogo de la poesía social española. El poeta describe la vida como una triste alga oscura y su gemelo con el que establece paralelismos será la sequedad y la ausencia manifestada en el desierto: «Como un desierto soy, como un desierto».

Explorador de la memoria de las cosas, indaga en la noche oscura de la posguerra y en la suya misma, como un poeta europeo sobreviviente de la guerra europea. No en balde Leopoldo de Luis ha fijado en el concepto machadiano de España su norte poético; Machado vaticinó, viene a decir en su prólogo a la *Antología de la poesía social,* la actual postura rehumanizadora y objetiva de la poesía, así como dio con su sencillez y claridad lecciones conformadoras de la poética que en nuestros días obtiene mayor atención. Y esa es su escuela.

> [...]
> la esperanza si existe es preciso extraerla
> como el oro cautivo en la negra espesura.

Especialista en soledades, Leopoldo de Luis ha logrado fijar en la renuncia a esto y aquello su decálogo, y en la corriente nutrida por las poéticas unamuniana y machadiana, verbalizar la compensadora balanza simbolista. Poeta de la herida, ahonda en elegías donde se miran seres a la impávida luz de la amargura. Compañero de impulso de Blas de Otero y José Hierro por trascender el pronombre de primera persona hacia el *nosotros* en un intento por vitalizar, si no cerrar, la tradición garcilasiana, mereció ser atacado por quienes agotaron sus poéticas de amores no correspondidos o amores rutinarios, o autismos de salón, que veían en la poesía sólo un escaparate de sus espasmos sentimentales, tanto ayer como hoy.

Cuando escribe *Los imposibles pájaros* ahonda en el *ubi sunt* de la historia poética entroncando con poetas del 27, como Jorge Guillén y Vicente Aleixandre, formulando una escritura que se ajusta al soneto, al cuarteto en alejandrinos, la décima y la lira. El oído musical de Leopoldo de Luis se ma-

nifiesta también en sus juegos con la aliteración y su manejo impecable del ritmo y la intertextualidad: así, «vamos a ser, Miguel, igual que el trigo / que el llanto y el sudor sazona y grana».

La poesía de Leopoldo de Luis en su conjunto remite al pasado colectivo de los años cuarenta, con toda la imaginería de la rehumanización y la protesta cósmica, pero conecta con el existencialismo foráneo. En *Teatro real y Juego limpio* no oculta su visión solidaria: «con los míos estoy, he aquí mis cartas» o «soy aquel joven muerto frente al alba». Practicante de la poética machadiana de Abel Martín y Juan de Mairena, no oculta Leopoldo de Luis su visión piadosa, más nihilista, como en el poema *El padre* (1954): «cruelmente te callas, padre mío»; y en *Una muchacha mueve la cortina,* la plasma en estos versos: «la nada se ha acercado demasiado / y la he visto: era yo, mi mismo rostro».

Leopoldo de Luis ha llevado al poema el concepto de España como ocurre en algunos de los versos de Blas de Otero y Gabriel Celaya, pero tiene la curiosa especificidad de invertir el concepto, como sucede en el poema *Hija patria*, donde se arraiga su vocación colectiva y su vocación también de aspirar a lo que no se toca: «Imaginar que un poco / más cerca está». Obviamente, es la aurora.

Me interesa especialmente el filón místico que la poesía de Leopoldo de Luis mantiene al lado de la afirmada inclinación social. Lo advertimos abiertamente en el poema *Patria oscura*: «Hay una patria de esperanza y sombra»; porque, en definitiva, Leopoldo de Luis es el poeta de las noches, noches somáticas: «La vida está en la lenta noche oscura / no del alma, del cuerpo que palpita»; noche de soledades: «La soledad está en alguna parte, / niña pequeña en el inmenso estadio». No en balde ha dedicado un libro a San Juan de la Cruz (*Aquí se está llamando,* 1992) y su influencia, manteniendo dedicatorias amistosas a Miguel de Unamuno, Aleixandre, Carmen Conde, Zardoya, Hierro, Manrique de Lara o Guillermo Carnero, entre otros.

La novedad de sus poemas últimos es que Leopoldo de Luis actualiza a San Juan de la Cruz, al mismo tiempo que lo emparenta con Marx y hace coexistir la visión del poeta místico con el drama de Hiroshima. De verdad sagaz, en el *Intermedio*, De Luis sugiere que los espejos sanjuanistas «son espejos que copian otra imagen / a medida que fueron compartidos».

Poeta para los tiempos nuevos desolados, que nos siguen diciendo con Fray Luis que aún nos queda la soledad sonora que se aloja en los espacios interiores y por las galerías que soñó Antonio el Bueno.

El Leopoldo de Luis más reciente trae al lector el tono moral que estuvo tan mal visto en otros decenios, acompañado de los recursos de la edad, de la que no está a salvo la sátira piadosa. Sus poemas últimos están llenos de humor y no pierde ocasión de definir el poema como un viejo profesor: «Poesía no es más que una patética manía / de pensar que algo mejor existe». Yo llamaría a ese lector a leer *Elegía con rosas*, *El portarretratos* y otros textos que nos recuerdan aquel retrato que de él hiciera, hace bastantes años, Vicente Aleixandre en *Los encuentros*. Aleixandre se refiere al poeta en términos cotidianos y emocionados: Leopoldo de Luis le interesa por «la calidad de su poesía, la delicada atención a sus conversadores, lectores, amigos y poetas». Un poeta como él puso a salvo en la dignidad de la palabra, la de sí mismo y de cuanto representaba, el sentimiento de otredad que lo alienta desde su primer libro, *Alba del hijo,* hasta la edición última de sus poesías completas presentada recientemente. Se debe mucho en este país a Leopoldo de Luis.

FANNY RUBIO

LA POESÍA SOCIAL DE LEOPOLDO DE LUIS: ENTRE LA HERIDA Y LA ESPERANZA

Por PEDRO CARRERO ERAS

LA POESÍA SOCIAL DE LEOPOLDO DE LUIS: ENTRE LA HERIDA Y LA ESPERANZA

Un ambiente y unas tendencias: lo social

Cada época marca gustos y tendencias, y de ello no se sustrae ni el creador ni el público. En la última década del franquismo, la Universidad era un hervidero, y todo lo que sonara a contestación se convertía en un motivo atrayente: por ejemplo, lo que estaba cargado de contenido social. Con independencia del rumbo nuevo que la creación literaria pudiera tomar, todavía las preferencias de los jóvenes solían derivar hacia la narrativa, la poesía y el teatro de contenido y función social. Cuando tanto la novela como la poesía, agotados ya los temas por saturación, tomaban el rumbo hacia otras formas expresivas —por ejemplo, experimentales, o más en una línea esteticista—, los jóvenes universitarios seguíamos asistiendo a recitales poéticos en que el tema social era el argumento predominante. Incluso a veces intentábamos, torpemente, escribir un tipo de poesía de denuncia que rayaba en lo manido y lo panfletario: tan pobre como aquellos grises y emborronados panfletos, hechos apresuradamente con multicopista, que aparecían todas las mañanas sembrados por el suelo del vestíbulo de la Facultad. La función social del arte nos marcó de una forma especial y, si por un lado era bueno, por otro nos vendaba los ojos hacia otras formas de creación literaria tan estimables como aquellas que motivaban nuestras preferencias, y que luego tendríamos que recuperar apresuradamente. Sabíamos que estaban ahí Garcilaso, Lope y Góngora, les habíamos leído y, además, con fruición (recuerdo perfectamente cómo leía, mientras caminaba por un bosquecillo, la tercera *Égloga* de Garcilaso, y cómo era el aire y el olor de la primavera), pero por ahora los teníamos aparcados. Existía un tipo de poesía más *urgente*. En las aulas, en cambio, apenas si se nos hablaba de la literatura actual, ni, por consiguiente, de esos escritores que habían incorporado a su creación el dolorido sentir que un mundo en guerra y que una cruel y dolorosa posguerra les habían causado. Así que, por nuestra cuenta, y por lo que se contaba en los pasillos, íbamos descubriendo que existía otro tipo de literatura.

Leopoldo de Luis: lo social y el rigor

Al releer ahora la poesía de Leopoldo de Luis revivo aquellos años de estudiante de la Facultad. Cuando examino la trayectoria del autor de libros como *Teatro real* (1957) y *Juego limpio* (1961) me doy cuenta de que lo social, una vez más y como ocurre con los grandes maestros, no está separado del buen hacer y del proyecto estético, es decir, del rigor. De ese mismo rigor que invoca Pablo Neruda nada menos que al final de su comprometido *Canto general,* en el poema «Testamento (II)»: «Que amen como yo amé mi Manrique, mi Góngora / mi Garcilaso, mi Quevedo: / fueron / titánicos guardianes, armaduras / de platino y nevada transparencia, / que me enseñaron el rigor [...]». Y no está de más hacer estas precisiones, porque, cuando hablamos de la poesía social, parece como si este género tuviera inevitablemente que resentirse de algún defecto, como si en la literatura sirvieran unos argumentos y no otros, cuando en realidad de cualquier argumento se puede hacer belleza.

Valbuena Prat, en su imprescindible *Historia de la Literatura española,* en el tomo correspondiente a la literatura contemporánea, luego puesto al día por María del Pilar Palomo, habla de tensión sincera y muy lírica de Leopoldo de Luis «sin caer en obrerismo de blusa y alpargatas». Pero volvemos a lo mismo: también del obrerismo de blusa y alpargatas se puede hacer arte. Véase, si no, la belleza que irradia la marcha de los menesterosos y los desposeídos en el famoso cuadro de Giuseppe Pelliza da Volpedo, *Il quarto stato,* de 1901.

Antonio Aparicio, citado también por Valbuena, dice que Leopoldo de Luis pertenece a una corriente de poetas para los cuales los temas eternos de la lírica de todos los tiempos quedan en un segundo plano, en beneficio de las cuestiones impuestas por la cruel realidad de cada día. Conviene precisar que esos temas *eternos* de los que habla Aparicio están también presentes en la obra de Leopoldo de Luis contemplada en su conjunto. Y si Bécquer, Antonio Machado y Luis Cernuda son referentes de la poesía de Leopoldo de Luis, según señala la crítica ¿cómo no va a figurar *lo eterno*? Pocos poetas he visto que se hayan limitado únicamente a lo social, y que no hayan tratado otros temas, como el del amor, por ejemplo, hacia la mujer, hacia los hijos. Y es que, en definitiva, si interpretamos el término en un significado más amplio, todo resulta *social*. Donde aparece *el otro* comienza ya lo social.

Por supuesto que Leopoldo de Luis tiene presente al pueblo, a los trabajadores, pero en su más genuina dignidad, con hondura: por ejemplo

—una muestra entre muchas otras—, con esa misma dignidad como queda retratado un carpintero en el poema «A Luis, el carpintero de al lado de mi casa», de *Teatro real*. En una conferencia titulada *Reflexiones sobre mi poesía* que el poeta dio en diciembre de 1984, y que después se publicaría, se lee esta frase: «El poeta devuelve a su pueblo, hecho poesía, lo que del pueblo recibe». El tema fundamental de la poesía de Leopoldo de Luis es, sin duda, el hombre, y la poesía tiene sentido si refleja al hombre como si de un espejo se tratara. La poesía no puede suplantar a la vida: queda, así, desechada cualquier tentación de mero esteticismo en el quehacer literario.

Sobre el rigor del poeta habla Ramón de Garciasol en su introducción a la antología de Leopoldo de Luis que apareció en 1974: «Una característica deluisiana es el respeto a la forma —respeto que es entendimiento—, a la obra bien hecha, tarea en la que resulta maestro, cuidador del detalle, del buen remate artesano».

Respirar por la herida

En la citada conferencia, el poeta expresa con sinceridad lo que cree que son los justos límites de la poesía social. Es la eterna cuestión sobre el posible efecto de la literatura en la sociedad y en la política, y sobre el que, por más que se hable, nunca se podrá llegar a un acuerdo, porque la repercusión de la creación literaria y del arte en general no es algo fácilmente tangible y mesurable. Dice Leopoldo de Luis:

> Exageraban quienes suponían que los poetas sociales [...de los 50... de los 60] se consideraban en posesión de un arma activa y eficaz para transformar la realidad política de su tiempo. No creo que pretendiera ninguno más que compartir la esperanza y el dolor colectivos. Ni soñaban ir más lejos de compadecer *[padecer con]*.

Creo, sin menoscabo del discreto juicio que hace el poeta, que la literatura, lleve o no el marbete de lo social, siempre ayuda a cambiar el mundo. Todos los que nos asomamos fascinados a la literatura comprendemos que los libros que hemos leído han moldeado nuestro carácter y forman parte de nosotros mismos. Un poeta no precisamente clasificable dentro de *lo social* como es Juan Ramón Jiménez, portaestandarte de una

poesía dura, puede ser, a través de sus versos, el asidero de un soldado o de un preso: la poesía como salvación, que permite superar todo tipo de situaciones límite. Soldado y preso, como Leopoldo de Luis, quien confiesa lo siguiente:

> Pocas cosas me han proporcionado tanta fuerza moral como algunas poesías. En mi macuto de soldado, durante una guerra, y en mi petate de recluso, durante una etapa de cárcel, estuvo siempre un ejemplar de la *Segunda antología,* de Juan Ramón Jiménez. Lo digo como simple ejemplo. De toda gran obra poética podemos salir mejores y más libres.

Situada la poesía de Leopoldo de Luis en el plano del hombre que sufre, cabe hablar de una total solidaridad con ese sufrimiento. La poesía tiene un destino bien definido: instalarse en ese universo de sentimientos y emociones del existir y el quehacer de cada día, de esa humanidad que lucha, ama, odia, llora, canta y espera. Y la herida surge así, irremediablemente, como una muestra del dolorido sentir unánime, y se convierte en emblemática. Es todo un proyecto poético y un proyecto de vida, pues vida y poesía son inseparables. Nada distingue al poeta de esa humanidad doliente: el poeta es un hombre más, al que se le ha otorgado el don de poder comunicar a través de la palabra los anhelos, las inquietudes y el sufrimiento de sus semejantes. Así lo expresa en el soneto escrito en 1961, titulado «La misma herida», del libro *Juego limpio,* que culmina con el siguiente terceto:

> Sumérgete en su mar. De carne y hueso
> eres. Somos. Lo mismo. Como esos.
> Y respiramos por la misma herida.

En su conferencia de 1984, es decir, bastantes años después de haber escrito libros como *Teatro real* y *Juego limpio,* Leopoldo de Luis vuelve a insistir con claridad meridiana en ese concepto de la herida, que ha sido como el motivo cardinal de su poesía. Si el poeta ha sabido acertadamente transmitir ese sufrimiento, ha cumplido su objetivo principal:

> La poesía lírica es respirar por la herida [...] La emoción la pone la herida. Por eso es respirar por la herida la poesía. Que esa herida le duela a los demás es el acierto del poeta.

Un ejemplo del existir cotidiano: la humanidad y el *metro*

En *Juego limpio* hay un extenso poema que debería figurar en todas las antologías de la poesía española contemporánea. Se titula «Metro Estrecho», es decir, lleva el nombre de una de las estaciones de la línea 1 del metropolitano de Madrid (la más antigua de la red), que era la que se hallaba cerca de la vivienda del poeta. Como nos encontramos en el Museo de la Ciudad, creo que viene doblemente a cuento la referencia a este poema. Porque a través de él se respira el Madrid de la posguerra y se respira, como no podía ser de otro modo, por la herida de una humanidad que, día a día, acompaña al poeta por las entrañas del suburbano. Un punto de coincidencia de obreros y trabajadores, asalariados de diferente condición. Debemos olvidar el metro y el Madrid de hoy, y situarnos a finales de los cincuenta y acompañar al poeta por esas escaleras y esos pasillos. Un mundo más gris, un suburbano más limitado, cochambroso y abarrotado.

En los versos iniciales, el poeta se refiere con acierto a lo que palpita en el exterior, mientras que él se halla todavía en el interior del metro, de regreso a su casa. El poeta *siente* que arriba están las calles de la ciudad y la tarde, pero la visión de esas casas y de esa ciudad en el atardecer no es la de una ciudad, precisamente, alegre. La palabra *herido* sirve para describir, mediante un símil, ese momento ceniciento del atardecer. (Al menos para mí, y cuando estoy inmerso en la ciudad, es decir, sin otro tipo de horizontes o escenarios, no es el atardecer el momento más agradable del día: quizá ese mismo sentimiento un tanto deprimente del atardecer urbano palpita también en estos versos de Leopoldo de Luis:)

> Está la tarde, como siempre, arriba,
> tal un bello animal herido, echada
> en la ceniza de las calles, junto
> al borde oscurecido de las casas.

Pocos escenarios hay que respiren mejor por la herida de lo humano que el metro de una ciudad. Ese trasiego es distinto al de las calles, más alegre, con sus escaparates y sus tiendas. El trasiego del metro es más utilitario y de trámite. Aunque en algún caso, hoy en día, en las grandes y diáfanas estaciones de las líneas modernas haya incluso exposiciones, y otras actividades, el metro es un medio para llegar lo más rápidamente posible a nuestro destino. Volvamos al mundo del poema «Metro Estrecho» de Leopoldo de

Luis, en principio un mundo subterráneo nada grato, prosaico, salvo que venga alguien como él y lo convierta en poesía. El poeta se cruza con sus semejantes, y se fija en sus ojos y en sus manos. Es como la descripción de un ejército de trabajadores en retirada:

> Gestos cansados. Ojos donde pone
> la vida su desesperanza.
> Manos donde el trabajo deja formas
> de humildes herramientas empuñadas.

Y el poeta se encuentra sumergido en esa muchedumbre (recordemos: «Sumérgete en su mar»). A través de sus versos percibimos el sordo ruido de la gente que transita bajo las bóvedas de los pasillos. Percibimos el silencio pero también ese inconfundible tránsito nervioso de los viajeros del metro —esa especie de flujo humano que te arrastra, y pobre de ti si te detienes—, y el ruido de las suelas al subir los peldaños (nada de escaleras mecánicas en aquellos tiempos):

> Ahora regreso. Subo la escalera.
> Conmigo sube una escalera humana.
> Se oyen, sordas, las suelas, casi gimen
> contra el cemento una, otra vez rozadas.

No pasó desapercibido este poema a Vicente Aleixandre, habitante, desde su observatorio de la calle de Wellingtonia, de aquel duro Madrid de la posguerra. El autor de *Historia del corazón,* en unas palabras introductorias a la antología más arriba citada, que lleva el título de «Encuentro con Leopoldo de Luis», dice lo siguiente:

> En el Metro [Leopoldo de Luis] está confundido con todos, sin disgusto; sale con la gran onda humana que va a morir, él su última espumilla, en el umbral mismo de su residencia. Luego, arriba, ante las cuartillas blancas...

Creo que, para no malinterpretarlo, vale al pena precisar ese «sin disgusto» de las palabras de Aleixandre: entiendo que es válido si se considera que esa situación es algo que el poeta, Leopoldo de Luis, asume, pero que en modo alguno le satisface, y no solo por él, sino por todos. El autor de

«Metro Estrecho» es uno más en esa muchedumbre, no se siente distinto (a pesar de que sea poeta, y lleve en su cartera material literario). Pero sí que hay disgusto, un disgusto compartido con los demás, porque está la herida, y está la soledad. Además, las referencias al viaje en metro adquieren una función simbólica: si la vida es como un viaje, la tarde, que espera arriba, tiene su propio andén:

> Mi herida soledad se multiplica
> entre las soledades compañeras.
> Soy uno más hacia la tarde, un mismo
> viajero que en su andén la vida deja.

El viajero de metro Leopoldo de Luis termina de subir las escaleras, desgastando losa, desgastando suela (hay unos versos de Dámaso en *Mujer con alcuza* que expresan una imagen parecida). Solo lo humano —y esa *comunión* con los demás en el trajín diario— redime de tanta rutina gris, de tanto *feísmo* subterráneo como el del metro de esos años: soledades compartidas, silencios solo rotos por el sordo rozar de las pisadas. Y afuera está, al menos, el cielo, con algún astro tempranero, símbolo de esperanza o, al menos, de alivio:

> Subo despacio hacia la tarde. Arriba
> vuelvo a mirar la luz de las estrellas.

Versos de vida y esperanza

Creo que, para concluir, este título —que está inspirado, indudablemente, en el título de un famoso libro de Rubén, aunque estemos ante un registro poético bien diverso— describe la otra dimensión de la poesía de Leopoldo de Luis, de forma que nuestros comentarios quedarían incompletos si no se pusiera un énfasis especial en ese amor a la vida y en ese horizonte de esperanza, aunque para vislumbrar la cercanía de ese horizonte haya que pasar antes por muchas travesías del desierto.

El libro de poemas *Teatro real* —que algún crítico despistado confundió con el Teatro Real de cal y canto de Madrid— es todo un ejemplario de reflexión filosófica y existencial sobre la vida. La vida como representación —recordemos el origen de la palabra *persona*— tiene una larga tradición

literaria, pero es difícil encontrar en la poesía contemporánea un libro de poemas que exprese tan detallada y certeramente esa idea. También es la vida como sueño, en su sentido más calderoniano, tal y como lo refleja en el poema «Segismundo», teatro dentro del teatro:

> Nos soñamos la vida, nos hacemos
> la vida sueño a sueño
> [...]

El «teatro real» no es ni más ni menos que eso: la propia vida —*vida* es motivo recurrente a lo largo del libro—, este escenario en el que, por el azar o no sabemos muy bien por qué misteriosos motivos, nos encontramos. Así nos lo dice con estos versos del poema titulado «No es posible»:

> La vida nos arroja a un escenario
> que no elegimos, y la farsa empieza.
> El papel balbucimos a diario
> y por fin se nos sube a la cabeza.

Esa reflexión sobre la vida es, con frecuencia, triste. El poeta nos ofrece sus versos como testimonio, y lo que ve no siempre es, por desgracia, risueño. Triste y melancólica es la vida, como un tiovivo, en el poema «Los caballitos». Hay mucho de rutina en el significado de esos versos, de falta de horizontes. La rueda del tiovivo es algo así como una condena. Galeotes de nosotros mismos, nos aferramos al caballito, pero sin posibilidad de alternativas. También es una estampa, la del tiovivo, que recuerda la estética del neorrealismo de aquellos años, con toda su melancolía a cuestas:

> Vivir es este eterno juego triste
> de una dulce y tristísima madera
> sobre la que corremos viejos círculos
> de cansancio y de pena.

En *Teatro real* hay dos poemas que llevan la palabra *esperanza* en el título: «Aún esperanza» y «La esperanza». En este último hay una cita de Pablo Neruda —«Alegría, hoja verde»— y otro verso de Vicente Aleixandre: «Sigue, sigue subiendo. Falta poco» (y que podía muy bien haber sido emblema de un poema como «Metro Estrecho», con las imágenes de la salida a la superficie). En estos dos poemas Leopoldo de Luis expresa la necesidad de

mantenerse como actores de esta comedia. Aunque a todos nos aguarda la muerte, si nos olvidamos de ese destino —porque, después de todo, la comedia siempre termina mal— hay motivos suficientes y esperanzadores para seguir la representación:

> Se llama la comedia solo «vida»
> y aún seguimos llamándola «esperanza».
> Sabemos el final y en olvidarlo
> está la clave de representarla.
> [...]
> Se llama la comedia «vida» pero
> es preciso llamarla aún «esperanza».

El poeta termina preguntándose si vale la pena vivir esta vida, esta representación, que antes calificó de *farsa*. Es en el «Epílogo», que consta de dos sonetos. El primero acaba con esta interrogación: «¿Vale la pena de estrenar la obra?», o, lo que es lo mismo: ¿tiene algún sentido este escenario, esta obra de teatro en la que yo debo representar un papel? Los siguientes versos no dejan lugar a dudas, y hay dos palabras que se convierten en una clave para entender la actitud de Leopoldo de Luis ante la vida: *paz* y *pena*, que podríamos interpretar, de forma más desglosada, como serenidad, lucidez y conciencia:

> Vale la pena de estrenar la obra
> aunque es ya el argumento muy sabido.
> Representarlo en paz y pena pido.
> En paz y pena con mí mismo. Y sobra.

Observamos que en la poesía de Leopoldo de Luis la expresión de la libertad individual se halla muy condicionada, y esto nos parece simbólico: rutina de los trabajadores que ascienden con desesperanza todos los días desde el metro hasta la tarde, tiovivo que da vueltas sobre sí mismo sin posibilidad de escape, teatro en el que se te asigna un papel que no puedes dejar de representar... Todo esto nos sabe a *mensaje*, término que quizá hoy día —literatura «con mensaje», cine «con mensaje»— no esté de moda, suene a trasnochado, pero que sí tenía mucha fuerza cuando a la libertad de expresión se le ponía una mordaza.

Quiero terminar con unos versos que son un canto al optimismo, a la aceptación de la vida, a la esperanza. Pertenecen al ya citado poema «La

esperanza». Los leo y trato de imaginar a Leopoldo de Luis leyéndolos en público, con esa voz firme y grave, modulada, que tanto impresiona a sus amigos, como Aleixandre, cuando habla de «un regusto desconocido, oscuro, tal que cavernoso y el acento solemne», o como Garciasol, cuando define esa voz «como borbotón de alas aún sin la libertad del vuelo». Voz que también a mí me ha impresionado siempre. Leopoldo de Luis se transforma cuando recita en público, lo que sorprende a quienes le han visto sólo hablar en privado. Privilegio de todo poeta es interpretar sus versos, es decir, interpretar su propia melodía con los registros de intensidad, timbre y modulación que considere oportunos. Ahí es el mago y el director de orquesta de su microcosmos. La poesía recitada, y más por su autor, es el acto máximo de transmisión y comunicación de la poesía, y es en ese momento cuando adquiere su mayor dimensión social. Si el poeta es el intérprete de su pueblo, cuando recita en público está culminando su labor.

Solo que ahora se me antoja que estos versos, precisamente estos versos de vida y esperanza, por su luminoso optimismo y aceptación del día a día del existir, sin duda exigirían al poeta, a la hora de recitarlo, un registro más suave y transparente:

Hijo, es la vida. Sí, seguir subiendo
y abrir nuestra ventana cada día
y que una hoja siempre nueva y verde
nos dé en el corazón, hermosa y limpia.

PEDRO CARRERO ERAS

FRAY LEOPOLDO DE CÓRDOBA

Por JOAQUÍN BENITO DE LUCAS

FRAY LEOPOLDO DE CÓRDOBA

Quiero agradecer a los organizadores de este homenaje a Leopoldo de Luis, en la persona de José Montero Padilla, el que me hayan invitado para participar en él. Seguro que saben el afecto y la admiración que siento por la persona y por el poeta, dos aspectos de una misma realidad que en el caso de nuestro homenajeado no sólo se complementan sino que se enriquecen mutuamente.

Conocí a Leopoldo de Luis hace ya bastante tiempo, a finales de los cincuenta y, si no recuerdo mal, fue en las tertulias de la revista *Ágora* que celebraba todos los viernes la poeta Concha Lagos en el estudio fotográfico situado en la antigua avenida de José Antonio, hoy Gran Vía, creo que en el número 32.

Yo era por aquel tiempo un estudiante de Filosofía y Letras y un aprendiz de poeta que miraba deslumbrado a los que consideraba como jóvenes maestros. Leopoldo era uno de ellos. Por entonces tenía publicados nueve libros de poesía, el último, *Teatro real,* en 1957.

En 1960 salí fuera de España y permanecí viviendo en otros países (Alemania y Siria) durante nueve años. No obstante, en los numerosos y cortos viajes que hice a lo largo de ese tiempo a Madrid, tenía el placer de encontrarle y disfrutar de su conversación junto a su íntimo amigo Ramón de Garciasol y otros poetas más, en el café Gijón donde se habla de todo lo divino y humano, incluso de poesía.

Mi amistad fue creciendo con el tiempo al compás de mi admiración por su poesía. Y con él he participado en numerosas ocasiones en conferencias, en coloquios y en lecturas públicas. Incluso ha aceptado siempre muy generosamente mis invitaciones a actos poéticos que yo he organizado.

Así ocurrió cuando le pedí su participación en el ciclo *Reflexiones sobre mi poesía* que se celebró en la Escuela Universitaria de Formación de Profesorado de la Universidad Autónoma de Madrid (hoy Facultad de Formación de Profesorado y Educación). Entonces dio una excelente conferencia sobre su obra lírica que se publicó independientemente en los *Cuadernos de Literatura* de la mencionada Escuela Universitaria. Más tarde, en el 2003, ha vuelto a publicarse en la Editorial Eneida de Madrid, conjuntamente con las

de otros poetas que también participaron en dicho ciclo (Rafael Morales, José Hierro, Dámaso Alonso, Gabriel Celaya, Claudio Rodríguez..., hasta dieciséis poetas en total) con el título común de *Reflexiones sobre mi poesía*.

La última vez que viajamos juntos, si no recuerdo mal, fue a Talavera de la Reina en el mes de marzo de 2001, para intervenir —en el Aula de Poesía que lleva mi nombre— dentro del I Ciclo de Poesía Actual. Esa tarde deleitó a los asistentes con una lectura comentada de su obra. Desde su púlpito creado especialmente para estas actuaciones en la sala de carruajes de la Galería Cerdán talaverana, habló de sus experiencias humanas y la transformación de éstas en poesía.

He dicho que leyó desde un púlpito, y así fue, por lo que adquirió ciertos visos de realidad el apelativo con que me dirigí a él en un poema, en el homenaje que Fina de Calderón le rindió en el Cigarral del Santo Ángel de la Guarda de Toledo (21 de junio de 1997), llamándole fray Leopoldo de Córdoba. He aquí el poema hasta ahora inédito:

LECCIONES DE POESÍA

Lepoldo de Luis arquea una ceja,
levanta un brazo
y pregunta entre indulgente y arrepentido:
Pero, usted, joven, ¿qué cree que es la poesía?
El joven, que conoce
a los clásicos,
que sabe de Córdoba y la guerra
y de la miseria de los años tristes
y del dolor compartido,
arquea otra ceja,
levanta otro brazo
y dice rotundo e indulgente:

La poesía se puede comparar
al alba del hijo
o a los horizontes
donde brillan los imposibles pájaros
o donde un hombre sorprendido, el extraño,
huésped de un tiempo sombrío,

pone, con los cinco sentidos,
la luz de nuestro lado.
La poesía es igual que guantes grises
que...

Calle, joven, por Dios,
—le dice fray Leopoldo de Córdoba—.
De aquí no se va nadie
sin brindar por tanto conocimiento poético
que, por otro lado, me sonroja.

Y todos levantamos las copas
de la libertad
que está aquí, en este hueco
sonoro,
mientras a lo lejos
una muchacha mueve la cortina.

Desde ese homenaje, Leopoldo de Luis y yo nos hemos seguido viendo con frecuencia pues ambos formamos parte de la Junta Directiva de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, asociación que tiene la enorme suerte de contar con sus sabios consejos de los que todos los componentes de dicha junta nos beneficiamos.

Huelga el decir que en muchos de los homenajes que en los últimos años se le han rendido he participado, no sólo gustoso, sino con placer por considerarlos, además de justos, necesarios.

Y también quiero recordar que he escrito en más de una ocasión sobre su poesía como hice en el libro de la Editorial Cincel, *Literatura de posguerra: La Poesía* (1981), y, algo más tarde, en otro libro de la Editorial Bruño, *Once poetas españoles (Promoción de Posguerra), de* 1993.

Si traigo a colación todo lo que antecede es para hacer ver que mi relación tanto amistosa como intelectual con el poeta que hoy homenajeamos se inició hace mucho tiempo, en los años de mi juventud cuando vine a estudiar a Madrid. Y siempre ha ido creciendo gracias a su generosa personalidad y a la condición de su poesía.

Leopoldo de Luis pertenece a la llamada «primera generación de posguerra» o «generación de 1940». Si Ricardo Gullón calificó a la generación del 36 como «generación escindida», la generación de Leopoldo de Luis podemos

calificarla como «generación quebrantada». Quebrantada por la guerra civil en la que participó nuestro poeta pagando con la cárcel sus ideales democráticos, y quebrantada por una larga posguerra durante la cual podemos decir, parodiando a Larra, que escribir —no sólo en Madrid, en toda España— no era exclusivamente llorar, sino arriesgarse a que las lágrimas fueran de sangre.

La poesía de Leopoldo de Luis ha sido estudiada magníficamente por el profesor Ricardo Senabre en el prólogo a su *Obra poética,* en dos tomos, publicada recientemente por la colección Visor.

Los resortes de su poesía son numerosos, pero al mismo tiempo unitarios. En ella encontramos siempre temas vitales. Su obra lírica es como los cañaverales agitados por el viento de octubre de los que se desprende «hecho canciones / un dolor muy antiguo», como afirma en el poema «El cañaveral» del libro *Los imposibles pájaros* (1949).

Ese dolor antiguo se hace próximo en el tiempo cuando reflexiona sobre su propia existencia: «Mi juventud ha sido fusilada». Y su espíritu solidario le hace comprender que «no se fusila nunca a un hombre solo», sino a todos aquellos que con él comparten su momento histórico, como afirma en «El fusilado» del libro *Juego limpio* (1961).

Ese fusilamiento, que podríamos considerar moral, está unido a la miseria de esos tiempos que evoca el poema «Aquellas sopas de ajo» del libro *Con los cinco sentidos* (1970), tiempos que conducían «hacia el sabor del odio».

Pero en su obra existe también un amplio territorio de ternura ya desde el primer libro *Alba del hijo* (1946) que le hace identificar el sentimiento de la patria con el de la mujer amada: «Digo patria y a veces me parece / que mujer digo y que su cuerpo beso», en *La luz a nuestro lado* (1964) y en ambos trata de encontrar un hálito de esperanza.

Junto al hijo, junto a la patria, junto a la mujer amada se agranda el recuerdo del padre, cuya figura muerta el poeta levanta «a hombros» contra el llanto, en un emocionado soneto, «Muerto mío», del libro *El padre* (1954).

Gran conocedor de la poesía contemporánea como lo acreditan sus estudios sobre Machado y Aleixandre entre otros, Leopoldo de Luis es un lector infatigable de nuestros clásicos y, como ellos, sabe lo que la vida tiene de representación teatral. Y sabe que lo que hoy es teatro se resuelve en «ceniza en el futuro». Y como nuestros clásicos también ha comprendido el incontenible paso del tiempo que nos conduce irremediablemente hacia la muerte. Su último libro, *Cuaderno de San Bernardo,* premio Paul Beckett 2002, es un monólogo frente a la vieja dama.

De él dice Ricardo Senabre en el prólogo antes citado que «el tema de la muerte ocupa cada página. [...] La presencia de la muerte cercana trae el recuerdo de otra muerte distante, pero nunca olvidada, y la figura remota de la madre se superpone a la de la esposa, en una fusión ya esbozada en ocasiones anteriores».

En fin, enjuiciar una obra tan extensa en tan poco espacio de tiempo resulta imposible. Quédenos como resumen incompleto la certeza de que aunque caiga, a veces, en actitudes pesimistas, siempre busca la esperanza a través de la dignificación del hombre por medio de la palabra. Su poesía guarda un tono ético con el que pretende hacer la vida más digna para todos. Y no sólo con la palabra poética, sino con una conciencia de moralidad individual que él quisiera que fuese colectiva.

JOAQUÍN BENITO DE LUCAS

UNAS PALABRAS DEDICADAS A LEOPOLDO DE LUIS

Por JOSÉ MONTERO PADILLA

UNAS PALABRAS DEDICADAS A LEOPOLDO DE LUIS

Cuando conocí personalmente a Leopoldo de Luis ya había leído textos suyos, versos y prosas, y sabía de su excelencia de escritor, de gran escritor, y tenía referencias, reiteradas, acerca de su calidad humana, pero nunca hasta entonces le había visto y saludado. Por ello mismo quizá quedó más nítidamente grabada en mí aquella ocasión inicial. Creo que fue con motivo de unos coloquios, o congreso, o semicongreso, o encuentros... o algo así, de tantos eventos de ese género como salpimentan la vida literaria, y en los que ambos interveníamos. No me pasó inadvertida su actuación. Sobre unas fichas, que a distancia parecían exactamente del mismo tamaño y que manejaba con rapidez y sin apenas detenerse en ellas, Leopoldo de Luis construyó una disertación perfecta, en su estructura, en la aguda firmeza de sus valoraciones y juicios, en la solidez de su base documental, en el garbo de la exposición, creo que sobre algunos aspectos de la poesía de Antonio Machado. Posteriormente, he tenido la suerte de volver escuchar a Leopoldo de Luis en varias ocasiones, y sus conferencias han poseído siempre la calidad de «obra bien hecha» en el sentido orsiano de la expresión. Y, al mismo tiempo, fui conociendo a la persona, y comprobando y disfrutando su cortesía nunca mentida, su seriedad cordial, una zumba humanísima que me ha parecido entrever en ocasiones, sus atenciones amistosas, su ingenio y formalidad (cuando las formalidades corresponden a un fondo y a unas convicciones).

Después, otros encuentros y reencuentros, que permanecen nítidos en mi memoria. Y uno de ellos de manera singular. Fue en el aeropuerto madrileño de Barajas. Iba yo a coger un avión que habría de llevarme a la todavía existente Yugoslavia y, cuando entretenía el tiempo de la espera paseando por el aeropuerto, llamó mi atención un grupo de tres personas: sí, allí estaba Leopoldo, y Maruja, su esposa, y Jorge, su hijo, que hablaban pausada, sosegadamente, y yo no sé, claro es, qué era lo que decían, acaso las palabras y recomendaciones habituales en esas ocasiones, pero de aquel grupo, de la actitud, de los gestos de aquella madre y de aquel padre hacia su hijo, nacía una imagen de profunda ternura, y nada era falso allí y sí todo vida verdadera. Los observé durante un rato y me acerqué luego a saludarles antes del

viaje, en el que iríamos Jorge Urrutia y yo, un viaje que resultaría muy grato, e inolvidable porque en él diríamos un adiós definitivo a la Yugoslavia íntegra que se fragmentaría poco después.

Tiempo adelante, al recordar aquella escena, u otras, y ver a Leopoldo de Luis, a mi recuerdo vuelven, insistentes, el título de un hermoso y fraternal y solidario poema suyo, siempre con sentido: «Con los míos estoy»; y los nombres de dos libros suyos que nos hablan del hombre verdadero que es su autor: *Juego limpio,* y *La luz a nuestro lado,* y tantos otros libros suyos.

Y, ¿cómo no recordar otro viaje, mucho más breve y cercano, cuando Leopoldo de Luis fue a dar una conferencia en una entidad cultural segoviana y regresamos juntos, con Maruja, en un coche que conducía mi mujer? Horas gratísimas aquellas.

Se ha afirmado, y se afirma, con razón, que la literatura española del siglo XX y ya prolongada felizmente al XXI constituye una nueva Edad de Oro. Entre las muchas razones que sustentan tal afirmación una segura es la creación literaria de nuestro Leopoldo de Luis, de quien yo no quiero dejar de citar, entre tantas y tantas páginas como le debemos sus lectores, las que integran —seis poemas— uno de los libros de poesía más verdaderos que conozco y cuyo título dice: *El Mar y Tú,* y en cuya dedicatoria leemos: «A Maruja, siempre».

Esta tarde, en este acto celebrado en el Museo de la Ciudad, al que José Nieto sabe dirigir con inteligencia y con sensibilidad, esta tarde —digo— saludo en Leopoldo de Luis a un linaje de españoles preclaros en quienes vivir es construir, día a día y a la par, una estética y una ética de la existencia.

JOSÉ MONTERO PADILLA

EXPRESIÓN DE GRATITUD Y UN POEMA INÉDITO

Por LEOPOLDO DE LUIS

EXPRESIÓN DE GRATITUD Y UN POEMA INÉDITO

Decía don Antonio Machado que cuando se reciben honores y no se está seguro de merecerlos, se experimenta cierta inquietud, cierta zozobra. Si esto decía quien para mí es el más alto poeta de lengua española, qué tendré que decir yo, que soy simplemente un poeta que ha procurado ser fiel a sí mismo y que ha resistido muchos años el paso del tiempo. Este acto se debe, sin duda, a la benevolencia de los amigos que lo han organizado y lo que acaban de decir me honra en exceso, bien que sé cuánto se debe a su generosidad.

La abierta acogida y la presentación de José Nieto Antolinos, en el precioso marco del Museo que dirige. Me acoge como a un madrileño que no es de Madrid, y ello me honra, porque la mayor parte de mi vida ha transcurrido en esta ciudad.

Los estudios de los profesores Joaquín Benito de Lucas y Pedro Carrero Eras, que ponen ciencia y amistad. El de la profesora Fanny Rubio —en la voz de Emilio Porta—, con frases tan halagadoras. Las conmovedoras palabras de José Montero Padilla, que me han emocionado profundamente.

En otro centro cultural de Madrid, el año 1935, di mi primera lectura, poética, con versos de adolescencia. Desde entonces acá, mi dedicación a la poesía ha atravesado circunstancias diversas, incluso las épocas más duras y amargas de la historia de España. Hoy veo la poesía como compañera de vida y pienso que, quizá, algunos, a estas alturas, estimen su dedicación como anacrónica, en un mundo donde prevalecen los valores puramente materiales y cuando el progreso técnico y la mecanización crean un ambiente deshumanizado. ¡Qué tiene que hacer la pobre Erato en semejantes sociedades! Sin embargo, es tanto el enloquecimiento colectivo, tanto el odio y tan feroces las crueldades emergentes, que da uno en pensar si no será la palabra poética la única palabra de paz y de esperanza.

No sé cómo agradeceros estas manifestaciones de amistad que, a mis años, son como bocanadas de aire que ayudan a vivir.

Recuerdo que el viejo romántico don José Zorrilla, cuya estatua en una plaza de Valladolid presidió mis años infantiles, decía que los poetas sólo

pueden pagar con sus versos. Acogiéndome a ello, me permito leerles un poema inédito que les ruego acepten como muestra de gratitud.

EL BUSCADOR DE HUELLAS

Yo soy el viejo buscador de huellas
a través de caminos y paisajes
por donde dejan rastro el fugitivo,
el caballo espantado, el joven toro
robado en el azar de la manada.
Por cansadas planicies amarillas,
por prados escoltados de rocío,
entre arboledas y cerrados bosques,
hundido en pantanosos llamazares,
atravesando manchas de robledos,
abriendo brazos de sombrías hayas,
más allá de encinares abatidos,
pisando barro genesíaco y torpe,
entre cañadas que deshace el viento,
anémonas y leños calcinados,
barrancos y quebradas y pendientes
botánicas umbrías, peces muertos
en lagunas de légamos podridos,
telúricas tormentas o solanas
de fuegos que crepitan, lluvias tercas.
Desbrozaban pezuñas animales
del pie humano el diseño solitario.

Yo atravieso desiertos donde el polvo
de dunas y de médanos inhóspitos
la cruz de las pisadas desordena.
Bajo desde altozanos como pechos
de rocas enemigas, tal mujeres
de piedra y soledad. Desciendo escarpas
donde me acosan los caprinos saltos
y cruzan los rebecos su pavura.

Yo develo veredas entre arbustos
donde el huido jadeó su angustia.
Me arañan los ramajes desgajados,
me ciega la ceniza y la garganta
cierra su amargo alambre tras la lengua.
Frondas lluviosas caen sobre mis hombros.
Contemplo el sol sangrante del ocaso
y me besa la madre de la noche.
Canto las maravillas de la luz
en los amaneceres violeta
y esquivo el coletazo del león
del mediodía gualdo e inclemente.

Yo voy buscando rastros, señas, pistas
hasta que, fatigado, un día llego
al umbral de un refugio. Estoy seguro
de que la reconozco: esta es mi casa.
Entonces me doy cuenta: en este aciago,
en este inicuo caminar tan sólo
perseguía las huellas de mí mismo.

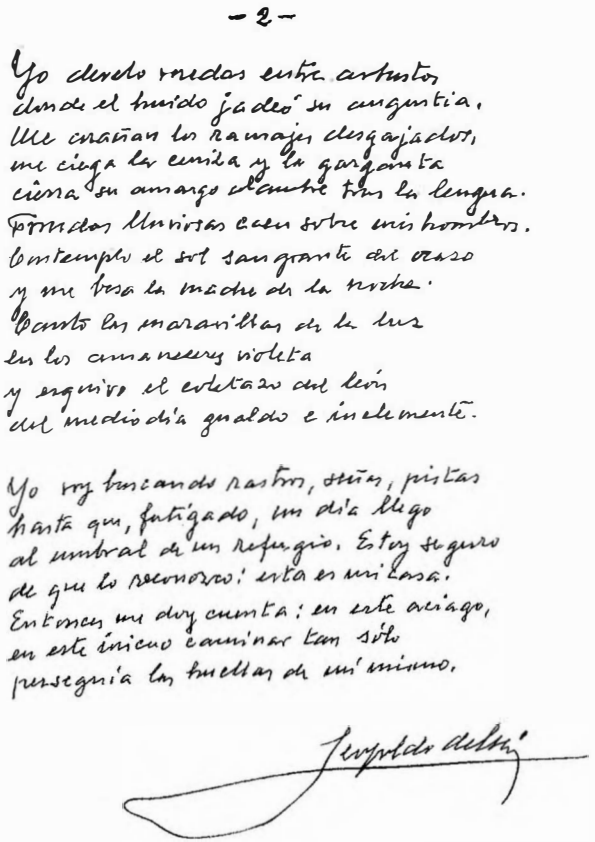
LEOPOLDO DE LUIS

El buscador de huellas

Yo soy el viejo buscador de huellas
a través de caminos y paisajes
por donde dejan rastro el fugitivo,
el caballo espantado, el joven toro
robado en el azar de la manada.
Por cansadas planicies amarillas,
por prados escoltados de roble,
entre arboledas y cerrados bosques,
hundido en pantanosos llamazares,
atravesando manchas de robledos,
abriendo brazos de sombrías hayas,
más allá de encinares abatidos,
pisando barro genesiaco y tope,
entre cañadas que deshace el viento,
anémonas y leños calcinados,
barrancos y quebradas y pendientes,
botánicas umbrías, peces muertos
en lagunas de légamos podridos,
telúricas tormentas o solanas
de fuegos que crepitan, lluvias tercas.
Desbrozaban pezuñas animales
del pie humano el diseño solitario.

Yo atraviesa desiertos donde el polvo
de dunas y de médanos inhóspitos
la cruz de las pisadas desordena.
Bajo desde altozanos como pechos
de rosas enemigas, tal mujeres
de piedra y soledad. Descendo escarpas
donde me cercan los capsinos saltos
y rozan los rebecos su pavura.

./.



– 2 –

Yo derelo rondas entre arbustos
donde el huido jadeó su angustia.
Me crañan los ramajes desgajados,
me ciega la ceniza y la garganta
ciona su amargo elemento tras la lengua.
Pronto lluvias caen sobre mis hombros.
Contemplo el sol sangrante del ocaso
y me besa la madre de la noche.
Canto las maravillas de la luz
en los amaneceres violeta
y enguiro el coletazo del león
del mediodía gualdo e inclemente.

Yo voy buscando rastros, señas, pistas
hasta que, fatigado, un día llego
al umbral de un refugio. Estoy seguro
de que lo reconozco: esta es mi casa.
Entonces me doy cuenta: en este oficio,
en este único caminar tan sólo
perseguía las huellas de mí mismo.

Leopoldo de Luis

Reproducción del original autógrafo del poema *El buscador de huellas*, de Leopoldo de Luis.

madrid
ÁREA DE LAS ARTES